



Documentos
Ni piedra ni espejo:
la interpretación de la Biblia entre el
fundamentalismo y el subjetivismo*

CARMEN BERNABÉ**

INTRODUCCIÓN

Parece oportuno que la *Lectio* que inaugura el curso de una Facultad de Teología se dedique a la Biblia, el libro que está en el centro de nuestro trabajo cotidiano; en unas asignaturas más directamente que en otras, pero en todas ellas su presencia responde a la lógica teológica que tan bien expresó el Concilio Vaticano II, “el estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la sagrada teología” (*Dei Verbum*, DV 24).

El estudio de la Escritura nunca está terminado del todo, ya que –como también sucede con la teología sistemática– debe enfrentarse a las nuevas cuestiones y desarrollos que le plantea una sociedad siempre en transformación y en camino. Abordaremos, por tanto, algunas cuestiones importantes en relación con su consideración, lectura e interpretación; cuestiones que están en el centro de muchos de los debates actuales sobre la relación entre Biblia y teología.

* *Lectio inauguralis*, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, 27 de febrero de 2014. El título del trabajo, aunque ampliado y modificado, se inspira en la imagen que empleó Elizabeth Schüssler Fiorenza en su libro *Bread not Stones. The Challenge of Feminist Biblical Interpretation* (Boston: Beacon Press, 1984).

** Doctora en Teología Bíblica, Universidad de Deusto, España. Profesora titular de Nuevo Testamento en la misma universidad. Correo electrónico: carmen.bernabe@deusto.es

Para introducirnos en el tema, permítanme comenzar con un poco de humor que circula por *internet*: en un consultorio radiofónico, la locutora había respondido a una consulta sobre la homosexualidad diciendo que no podía ser consentida bajo circunstancia alguna, “ya que es una abominación, porque así lo indica la Biblia en Lv 18,22”. Un oyente le escribió planteándole, no sin ironía, una serie de cuestiones de las que les leo algunas:

Querida doctora Laura:

Gracias por dedicar tantos esfuerzos a educar a la gente en la ley de Dios. Yo mismo he aprendido muchísimo de su programa de radio, pero necesito algún consejo adicional de su parte respecto a ciertas leyes bíblicas en concreto, y cómo cumplirlas:

- Me gustaría vender a mi hija como esclava, tal y como menciona Éx 21,7. En los tiempos que vivimos, ¿qué precio piensa que sería el más adecuado?
- En el Lv 21,20, se establece que uno no puede acercarse al altar de Dios si tiene un defecto en la vista. ¿He de confesar que necesito gafas para leer? ¿Mi agudeza visual tiene que ser del cien por ciento? ¿Se puede relajar un poco esta condición?
- Mi tío tiene una granja e incumple lo que se dice en Lv 19,19, puesto que planta dos cultivos distintos en el mismo campo, y también lo incumple su mujer, ya que lleva prendas hechas de dos tipos de tejido diferentes (algodón y poliéster). Él, además, se pasa el día maldiciendo y blasfemando. ¿Es realmente necesario llevar a cabo el engorroso procedimiento de reunir a todos los habitantes del pueblo para lapidarlos? (Lv 24,10-16). ¿No podríamos sencillamente quemarlos vivos en una reunión familiar privada, como se hace con la gente que duerme con sus parientes políticos? (Lv 20,14).

Sé que usted ha estudiado estos asuntos con gran profundidad, así que confío plenamente en su ayuda. Gracias de nuevo por recordarnos que la palabra de Dios es eterna e inmutable.

Sonreímos al escuchar estas preguntas que ponen de manifiesto los peligros de una lectura fundamentalista del texto bíblico que, por otra parte, sigue haciéndose tanto en el judaísmo como en el cristianismo y que, lejos de ser inocua y risible, tiene consecuencias graves. Sin llegar a los extremos que refleja la viñeta de humor mencionada, hay interpretaciones de la Biblia que surgen de un tipo de lectura literalista y sirven para fundamentar decisiones muy serias en los ámbitos eclesial, político y social.

Por otro lado, no son menores los peligros que propicia la lectura “mística” o subjetiva que está detrás de expresiones como “a mí este texto me dice; o el Espíritu, o Dios me dicen en este texto...” Es una lectura que abre la Biblia por cualquier lado y considera que Dios le habla en lo primero que lee, y que lo que le dice es lo que expresa allí.

Esta forma de leer la Biblia, en la que se buscan respuestas inmediatas para los problemas cotidianos, de cada uno o del grupo, es más habitual de lo que imaginamos. Se da en algunos de los nuevos movimientos eclesiales católicos y en ciertos grupos de matriz protestante. Contra esta lectura, denominada “mística”, advertía ya la *Divino afflante Spiritu*, DAS, de Pio XII (1943) y lo recordaba el mismo Juan Pablo II en el Prólogo¹ al documento “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” (1993), al afirmar que no puede haber una dicotomía entre la exégesis científica y la interpretación espiritual, y que la simple inspiración subjetiva no basta.

Más aún, en el cuerpo de dicho documento se llega a decir que no se debe confundir “el sentido espiritual con las interpretaciones subjetivas dictadas por la imaginación o la especulación intelectual”.²

En realidad, estas posturas, a las que se podrían unir otras que usan frases y pasajes aislados y descontextualizados de la Biblia para justificar posiciones dogmáticas o ideológicas previas, son como Escila y Caribdis en el mundo de la Escritura; todas ellas evitan la necesidad de interpretación y de mediación hermenéutica imprescindibles para salvar la distancia histórica y cultural entre los autores que pusieron por escrito el acontecimiento y su significado, por una parte, y quien lo lee o lo escucha en una situación muy distinta, por otra.

La lectura y uso de la Escritura están en la base de ciertas posiciones que tienen una repercusión directa en la vida de la Iglesia en particular y de la sociedad en general. Acaso ¿no usan algunos grupos 1Co 14,33-36 para impedir a las mujeres la predicación y la enseñanza autoritativa en la comunidad eclesial? ¿No se invoca a Mc 10,12ss. para prohibir el divorcio? ¿No se apela a la Escritura para negar la ordenación a la mujer? ¿No se han utilizado ciertos pasajes para justificar la obediencia a las autoridades, la esclavitud de los indios

¹ Juan Pablo II, Discurso del 23 abril 1993.

² Pontificia Comisión Bíblica, “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, II B, 2.

o, más recientemente, guerras e invasiones? Por tanto, la pregunta por su lectura en la Iglesia y su uso en los tratados de teología moral o dogmática no solo es pertinente sino necesaria y actual.

¿Es posible una lectura de la Biblia actualizada, más allá de (1) el literalismo que la convierte en piedra, y (2) la lectura “mística” y subjetivista que hace de ella un espejo que refleja nuestro mundo limitado sin impulsarnos a otros horizontes?

Tras estas preguntas están planteados temas muy importantes, como son la forma de acercarse al texto bíblico, compuesto hace tantos siglos en un ambiente cultural muy diverso; el modo de salvar esa distancia temporal y cultural para seguir haciendo significativo y relevante el mensaje en el “hoy” de quienes se acercan a la Biblia; la pregunta por la necesidad o no de la fe y la comunidad eclesial en el proceso de interpretación, por su aportación específica, si la hubiera; y, por último, aunque no menos importante, por su relación con la teología sistemática o dogmática, la vida de la Iglesia y la sociedad.

El recorrido será de ida y vuelta: de nuestros días al texto y del texto a nuestros días.

ANTES QUE LA ESCRITURA, EL ACONTECIMIENTO REVELADOR

La Biblia es la memoria escrita de un “pueblo” plural —el de Israel—, y de los seguidores de Jesús, quienes recuerdan y proclaman la experiencia de que Dios les ha salido al encuentro en la historia y en la persona de Jesús.

La Biblia recoge y plasma esa plural experiencia reveladora de que, en la creación, en la historia de salvación y en Jesucristo, Dios ha revelado lo más profundo de sí mismo, se ha autorrevelado como liberación, vida y salvación. Esta idea de revelación la recoge el Concilio Vaticano II, en la constitución *Dei Verbum*: “Por medio de la revelación Dios quiso manifestarse a sí mismo y sus planes de salvar al hombre, para que el hombre se haga partícipe de los bienes divinos...” (DV 6).

En ciertos acontecimientos históricos y, para los cristianos, en Jesús de Nazaret de forma única, Dios “ha hablado”, ha dicho una Palabra que revelaba su forma de ser y su deseo de vida plena para la humanidad, y con ello se ha

dicho a sí mismo (DV2).³ De ahí que se utilice de forma metafórica el término Palabra o el léxico de la comunicación, y que la Biblia sea denominada Palabra de Dios que propicia el encuentro.

Nunca se subrayará demasiado que en el origen de la Biblia está el acontecimiento vivido, es decir, el hecho recordado e interpretado al que se le da valor determinante. Y es este acontecimiento del encuentro revelador y salvífico el que ponen por escrito en la Biblia: la Palabra autorreveladora de Dios hecha Escritura y libro. Se hace de forma plural porque plural fue la manera de experimentar esa autorrevelación de Dios y sus consecuencias; pluralidad que recoge y quiere preservar el canon de ambos testamentos.

Es lícito preguntarse por la razón por que el acontecimiento se puso por escrito, y si al hacerlo no se cayó en el peligro de petrificar su vitalidad existencial. Efectivamente, el peligro existe y se ha caído en él muchas veces; pero el acontecimiento revelador que, en el comienzo, se transmitió de forma oral, a modo de proclamación y discurso, se puso por escrito precisamente para evitar el olvido o la falsificación, y para que lo que Sandra Schneiders ha denominado “significado ideal”⁴ pudiera ser reactualizado como acontecimiento revelador por quienes no lo experimentaron en el momento original.

La Biblia, como libro y texto, es testimonio y, en cierto modo, sacramento de esa revelación fundacional, pues ofrece la posibilidad de hacer la experiencia de revelación en el presente, más allá de los testigos originales.⁵

Sin embargo, leer y escuchar un texto de hace veinte siglos o más, en el caso del Antiguo Testamento, no es suficiente para vivir la experiencia reveladora

³ “En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible a los hombres como amigos [...]. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras [...]. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación.” (DV 2). “Mediante la revelación divina quiso Dios manifestarse a sí mismo y los eternos decretos de su voluntad acerca de la salvación de los hombres, ‘para comunicarles los bienes divinos, que superan totalmente la comprensión de la inteligencia humana.’” (DV 6).

⁴ S. Schneiders, *The Revelatory Text. Interpreting the New Testament as Sacred Scripture* (San Francisco: Harper Collins, 1991), 144-148.

⁵ *Ibid.*, 46.

que quiere transmitir y posibilitar, o simplemente llegar a entenderla, a pesar de la voluntad de quien se acerque a él. Porque la Biblia es un libro antiguo en el que esa revelación experimentada está puesta por escrito en palabras humanas histórica y culturalmente condicionadas. Los autores bíblicos la pusieron por escrito mediante recursos literarios y categorías mentales de su tiempo y cultura, y según la capacidad y maestría personales.⁶

Habría que preguntarse por las condiciones necesarias para generar la experiencia que transmite el texto y es su vehículo, cómo hay que leerlo, escucharlo y acercarse a él. Lo veremos en el tercer punto, referido al “ahora” del texto, a cómo hacerlo relevante y para quién.

Quizás alguien piense que esa distancia la salva directamente la inspiración de Dios, que actuó en quien la puso por escrito e incluso en quienes leen la Escritura. La inspiración divina, que los creyentes confiesan en el origen de esta acción de poner por escrito el acontecimiento revelador, es un concepto que contempla la autoría divina como origen último, pero toma en serio al ser humano que escribe, al que se considera como verdadero autor. Y eso supone que, al utilizar los recursos personales y comunitarios de una época histórica, se introduce una distancia que obliga a la interpretación del texto para alcanzar el sentido profundo expresado en él.

La tarea interpretativa, por tanto, conlleva dos momentos o movimientos: uno hacia atrás y otro hacia delante:

– El primero es un esfuerzo interpretativo destinado a mediar la distancia histórica y cultural entre el hoy y el momento de composición del texto, con el fin de entender el sentido que éste tuvo para sus destinatarios iniciales, en su contexto; se trata de llegar al llamado sentido literal (no literalista), de manera que nos permita comprender de qué forma ese texto pudo ser Palabra de Dios salvadora para las comunidades a las que se dirigía.⁷

⁶ Dice la DV 11 que los libros de la Sagrada Escritura están “escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor [...]. Pero en la redacción [...], Dios eligió a hombres, que utilizó usando de sus propias facultades y medios, de forma que obrando él en ellos y por ellos, escribieron, como verdaderos autores, todo y solo lo que él quería”.

⁷ Hay que hacer una precisión con este concepto y es que, aunque se siga utilizando el término que aparece en los documentos magisteriales, hoy en día se siente la necesidad de precisar y

– Un segundo momento tiene como objetivo mediar la distancia entre el entonces y el ahora, haciendo que ese texto escrito en el pasado sea el vehículo de la experiencia reveladora y transformadora que pretendía testimoniar y posibilitar, tanto entonces como “hoy”.

Si el primer momento es el de la tarea exegética, el segundo es el de la hermenéutica. En cada paso de la tarea interpretativa hay que aplicar instrumentos metodológicos apropiados.

SALVAR LAS DISTANCIAS QUE NOS SEPARAN DEL “ENTONCES” DEL TEXTO: LA TAREA EXEGÉTICA

La labor interpretativa supone, como primer paso, tomar conciencia de que la Biblia es un texto clásico, una colección de libros de cuyos autores nos separan 20 o 25 siglos, y cuyo abismo histórico y cultural hemos de salvar, para comprender el mensaje que quisieron transmitir. Como dice el Concilio Vaticano II:

Para conocer lo que Dios quiso comunicarnos se debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con tales palabras. Para comprender exactamente lo que el autor propone en sus escritos, hay que tener en cuenta los modos de pensar, de expresarse, de narrar que se usaban en el tiempo del escritor, y también las expresiones que entonces más solían emplearse en la conversación ordinaria... (DV 12).

Los medios que el Concilio sugiere, para salvar el abismo histórico, están en línea con los que ya mencionaba la *Divino afflante Spiritu* cuando subrayaba la necesidad de ponerse en la mentalidad y situación de los autores antiguos, para lo cual sugería estudiar los géneros literarios, la arqueología y la historia (DAS 20).⁸

buscar expresiones menos problemáticas (“lo que el autor quería decir”) para hablar del sentido que podía ser captado por sus destinatarios; por eso, suele hablarse del sentido contextual o sentido del texto para los destinatarios en su contexto.

⁸“Pero muchas veces no es tan claro en las palabras y escritos de los antiguos autores orientales, como lo es, por ejemplo, en los escritores de nuestra época, cuál sea el sentido literal: lo que aquéllos quisieron significar no se determina tan solo por las leyes de la gramática o de la filología, ni por el contexto del discurso, sino que es preciso, por decirlo así, que el intérprete se vuelva mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente, y con el auxilio de la historia,

La importancia del sentido literal queda subrayada por el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, “La Interpretación de la Biblia en la Iglesia” (1993), cuando dice:

Es no solo legítimo sino indispensable, procurar definir el sentido preciso de los textos tal y como han sido producidos por sus autores, el sentido llamado “literal” (cuya importancia fundamental ya fue afirmada por St. Tomas de Aquino (S.Th Iq.1,1.10ad 1). No se debe confundir con el sentido literalista al cual se adhieren los fundamentalistas [...]. Es necesario comprenderlo según las convenciones literarias de su tiempo [...]. El sentido literal de la Escritura es aquel que ha sido expresado directamente por los autores humanos inspirados. Siendo fruto de la inspiración, ese sentido es también querido por Dios, autor principal. Se puede discernirlo gracias a un análisis preciso del texto, situado en su contexto literario e histórico. La tarea principal del exégeta es llevar a buen término este análisis, utilizando todas las posibilidades de la investigación literaria e histórica, para definir el sentido literal de los textos con mayor exactitud posible.⁹

Para alcanzar ese sentido literal y, en él, el acontecimiento revelador que el texto quería transmitir y posibilitar, el exégeta ha de emplear métodos acordes a la naturaleza del texto. La Biblia es un texto religioso antiguo que testimonia la interpretación de unos hechos históricos realizada por testigos. La historia es un elemento clave de la fe cristiana en esa revelación.¹⁰ Por eso, la utilización de los métodos críticos y los acercamientos contextuales son elementos irrenunciables en esta fase del trabajo interpretativo.

Hablar de métodos críticos¹¹, en lugar de centrarse en el método histórico-crítico, tiene la ventaja de subrayar la pluralidad de métodos que la exégesis

de la arqueología, de la etnología y otras disciplinas, discierna y distintamente vea qué género literario quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella vetusta edad. Porque los antiguos orientales no siempre empleaban las mismas formas y los mismos modos de decir que hoy usamos nosotros, sino más bien aquellos que eran los corrientes entre los hombres de sus tiempos y lugares” (DAS 20)

⁹ Pontificia Comisión Bíblica, “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, II,B 1.

¹⁰ Este tema de la historicidad de la revelación está muy bien desarrollado en la obra de Gustavo Baena, *Fenomenología de la revelación* (Estella, Navarra: Verbo Divino, 2011), 216ss.

¹¹ Rafael Aguirre, “Reflexiones sobre exégesis crítica, hermenéutica y teología”, *Iglesia Viva* 238 (2009): 31; Idem, “La Biblia hoy y sus interpretaciones”, en *Tiempo de disenso. Creer, pensar, crear*, Varios autores, 225-256 (Valencia: Tirant Humanidades/Fundación Chaminade, 2013).

crítica utiliza hoy, en su tarea de dar con el sentido literal. Al imprescindible método histórico-crítico se le añaden otros métodos y acercamientos que completan el proceso exegético.

El método histórico-crítico es un método diacrónico que estudia el texto en sus diversas fases de evolución, examinando las reinterpretaciones literarias que ha ido experimentando hasta remontarse, en lo posible, a su contacto con la historia.

Este método fue el resultado de la voluntad de aceptar las disciplinas y metodologías históricas en la labor exegética, en la línea apuntada por la *Providentissimus Deus* (1893) y la *Divino afflante Spiritu*, que habían fundamentado la exigencia de los métodos históricos en la misma naturaleza de la fe y la revelación. En esa misma línea se ubicaron otros documentos y declaraciones posteriores. El último ha sido el documento del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios, que afirma:

El primer nivel corresponde, de hecho, al método histórico-crítico [...]. Este método se hace necesario por la naturaleza misma de la historia de la salvación que no es una mitología sino una verdadera historia [...]. La Biblia y la historia de la salvación exigen por tanto estudiarse con los métodos de la seria investigación histórica.¹²

La aceptación del método histórico-crítico fue un gran logro que, en la primera mitad del siglo XX, costó mucho esfuerzo y sufrimiento y que, a pesar de que hoy no se recuerde, fue experimentado como instrumento de liberación del fundamentalismo, de las abstracciones dogmáticas *a priori* y de la credulidad que abjuraba de la razón para profesar la fe.

Es necesario, antes de seguir, decir unas palabras sobre la importancia y el valor del método histórico-crítico, máxime en momentos en que está sufriendo ataques, con frecuencia, injustos y peligrosos.

Críticas al método histórico-crítico

La introducción en la exégesis de los métodos críticos modernos, que habían comenzado con la Ilustración y el Romanticismo, planteó un grave problema,

¹² Sínodo de los Obispos, “La palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia”, 25.

que probablemente estuvo en la base de la crisis modernista. En la primera mitad del siglo XX, estos métodos encontraron oposición en instancias magisteriales, por ejemplo, en la Comisión Bíblica, por entonces órgano del magisterio, pero también –en parte– de la academia.

Aunque las encíclicas *Providentissimus Deus* y, sobre todo, la *Divino Afflante Spiritu* consiguieron cierto cambio de la situación al defender el estudio de los géneros literarios y las ciencias naturales y arqueológicas para estudiar la Biblia, en los albores del Concilio Vaticano II se intensificaron el rechazo y los ataques que tomaron como diana a algunos profesores del Pontificio Instituto Bíblico de Roma.¹³

La misma historia larga y problemática de la elaboración de la constitución *Dei Verbum* es una muestra del problema y la importancia decisiva de la cuestión de la interpretación de la Biblia. La redacción de esta constitución fue un gran logro teológico del Concilio que, sin embargo, ha sufrido intentos de ser neutralizado. Durante un tiempo después de acabado el Concilio, los problemas fueron otros; pero desde hace ya algunos años, han aparecido posiciones críticas que ponen de manifiesto la recepción insuficiente de la *Dei Verbum*.

¿Cuáles han sido las críticas recibidas por el método histórico-crítico? Se le ha acusado de depender en exceso de ciertos principios filosóficos historicistas¹⁴, algo que pudo ser cierto en sus inicios, pero que desde hace mucho tiempo está lejos de ser verdad. Se le ha acusado también de ser estéril para la vida cristiana porque desmenuza el texto bíblico sin reconstruirlo ni explicitar su sentido actual; de que estudia la historia del texto y se olvida del texto; de que los resultados a los que llega en algunos temas (como la búsqueda del Jesús histórico) son tan diversos como exégetas; o de que también este método, que se autoproclama objetivo, ha hecho un uso ideológicamente sesgado del proceso y los resultados (crítica liberacionista, feminista, poscolonialista).

¹³ Ibid., 227-229. El autor cuenta de primera mano estos episodios que se vivieron en Roma en torno del Concilio.

¹⁴ La filosofía racionalista de la época en la que nació la crítica histórica no es un elemento de los métodos histórico-críticos actuales que contemplan la dimensión religiosa como una dimensión humana. Por otra parte, la exégesis histórico-crítica no promete una objetividad estricta al estilo del modelo de las ciencias naturales, como le achaca Ratzinger en su crítica (1988).

Dada la dignidad alcanzada por su autor, es notoria la dura crítica que les ha hecho el teólogo sistemático Joseph Ratzinger; aunque no hay que olvidar que ha ido matizando su postura desde 1988, cuando –en el ámbito de un simposio celebrado en Nueva York– dictara una conferencia en la que exponía sus duras críticas, a veces injustas, a los métodos histórico-críticos. Además de las críticas sobre los presupuestos filosóficos del método, hacía otras en relación con la no aceptación del papel regulador de la tradición, la separación entre exégesis y vida de la Iglesia, o entre exégesis y dogma. En un momento de la conferencia citada llegó a decir lo siguiente:

.. ahora, también en el ámbito católico, el hiato entre exégesis y dogma es total, y también en él la Escritura se ha convertido en una palabra del pasado que cada uno, a su manera, trata de transportar al presente, sin poderse fiar demasiado de la balsa donde se asienta.¹⁵

El exégeta R. Brown, quien también participaba en dicho simposio, respondió a esas críticas en una apostilla posterior a su propio artículo, cuando ambas intervenciones fueron publicadas. En su respuesta, Brown asumía algunos de los puntos críticos de Ratzinger, pero también exponía, de forma razonada y con ejemplos, sus grandes desacuerdos.

La contestación pública de R. Brown y el posterior documento de la Pontificia Comisión Bíblica, “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, en el que el mismo Ratzinger estuvo implicado como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, pudieron haber estado en el origen de cierta modificación en su postura crítica respecto del método histórico-crítico.

Esta rectificación se puede apreciar en el prólogo de su libro sobre Jesús (2007) y en la intervención final del Sínodo sobre la Palabra de Dios (2008), y

¹⁵ Joseph Ratzinger, “La interpretación de la Biblia en conflicto”, en *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la Interpretación bíblica*, editado por L. Sánchez Navarro y C. Granados, 19-54 (cita en 27) (Madrid: Ed. Palabra, 2003). Originalmente, el artículo estaba recogido, junto con las otras participaciones del Simposio (entre ellas, la de R. Brown), en R. J. Neuhaus, *Biblical Interpretation in Crisis* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1989). La traducción al alemán la hizo el mismo J. Ratzinger (ed.), *Schriftauslegung im Widerstreit Questiones Disputatae*, 117 (Freiburg: Herder, 1989). En esta edición también se recogen todas las conferencias, lo que no sucede en la obra española mencionada arriba, ya que del Simposio de 1988 solo toma la conferencia de Ratzinger, a la que une otros artículos de autores con similares posiciones teológicas sobre la interpretación bíblica.

fue recogida después en la exhortación post-sinodal *Verbum Domini*. En ellos, Ratzinger distingue dos niveles en la interpretación: el del análisis, en el cual admite que el método histórico-crítico (del que dice que es “indispensable a partir de la estructura de la fe cristiana”¹⁶); y el teológico, dirigido mediante principios teológicos a comprender el sentido divino y a evitar que la Biblia se convierta en un libro del pasado. Tales principios teológicos están recogidos en la DV 12.

De estas críticas han hecho eco otros teólogos sistemáticos con posiciones más radicales y menos matizadas que el mismo Ratzinger, pero que han avivado una postura que guarda relación con el rechazo al Vaticano II y que ha tenido uno de sus últimos objetivos en la interpretación bíblica, después de pasar por otras materias como la moral o la eclesiología.

Al asumir la parte de verdad que estas críticas puedan tener, hay que decir que muchas son pesimistas y exageradas, algunas incluso injustas, como argumentaba el mismo Raymond Brown. El que haya ciertas discrepancias entre los exégetas no es obstáculo para ir alcanzando cierto consenso fundamental sobre el significado literal del texto; o que se revisen ciertos resultados no significa que todo se ponga en cuestión.

Ante ciertos usos fundamentalistas de las Escrituras, hoy sigue siendo necesario e imprescindible el uso de la crítica histórica¹⁷ e ideológica de los textos, precisamente para ayudar a captar mejor la experiencia de revelación que los autores sagrados trataron de comunicar y hacer posible al ponerla por escrito, con las inevitables limitaciones que entraña el ser seres históricos.

Métodos críticos y su finalidad

En la actualidad, la labor exegética utiliza una pluralidad de métodos; además de los diacrónicos que estudian el proceso de composición del texto en la

¹⁶ J. Ratzinger, *Jesús de Nazaret* (New York: Random House Inc., 2007).

¹⁷ En la Conferencia Presidencial dada en el Annual Meeting de la SNTS, celebrada en Barcelona, 3-7 de agosto de 2004, Wayne Meeks defendió la necesidad de seguir estudiando el Nuevo Testamento desde una perspectiva histórica, y brindó algunos consejos interesantes: hacer menos historia de las ideas y más historia de las comunidades; atender más a la historia de la interpretación y otros textos no canónicos y preguntarse por qué es la historia y su uso, pues la historia supone interpretación, pero no existe sin hechos. Ver a W. Meeks, “Why Study the New Testament”, *NTS* 51(2005): 155-170.

historia, el trabajo exegético utiliza los métodos sincrónicos que toman el texto en su estado actual. Los más importantes, entre estos últimos, son el método narrativo, el retórico y el sociocientífico.

El método narrativo, que considera al texto como un relato con una trama en la que se cruzan diferentes hilos narrativos que hay que analizar para descubrir el mensaje del texto, que es un relato teológico.

Se utiliza también *el método retórico* que, al aplicar las reglas de la antigua retórica, analiza las estrategias que el texto utiliza para captar la atención de quien escuchaba, con el fin de persuadirle, de producir en él ciertas emociones, comprensión y actitudes. Pone de manifiesto la transformación que el autor del texto pretende lograr en el oyente que se sitúa en un contexto determinado del pasado (socioretórica) o del presente (pragmática).

El método sociocientífico, que “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” presenta entre los acercamientos contextuales¹⁸ y permite conocer y comprender mejor los esquemas culturales compartidos, desde los que se establecían significados y se atribuían valores, a la vez que posibilitaban que el mensaje del texto adquiriera pleno significado para sus receptores.

Se trata de conocimientos que se toman de las ciencias sociales, en especial, de la antropología cultural, la psicología social o la sociología, con el fin de construir escenarios o modelos que permitan contextualizar el texto y poder entenderlo mejor. Es un análisis crítico necesario para no proyectar en el texto los esquemas cognoscitivos de quien lo interpreta, sino entender aquellos desde los que el autor y sus contemporáneos comprendían la realidad y establecían los significados y los valores y, por lo tanto, comprendían el mensaje del texto y su pretensión.

La utilización de estos métodos críticos en la labor exegética tiene varias finalidades:

1. *Conocer la evolución del texto*, porque eso ayuda a comprenderlo mejor en el ambiente en que surgió, así como a entender las diversas percepciones de una misma tradición y la evolución en la fe.
2. *Conocer la relación entre texto e historia*, dada la creencia central y constitutiva del cristianismo sobre la revelación de Dios en la historia.

¹⁸ Pontificia Comisión Bíblica, “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”.

3. *Explicar el sentido literal del texto*, llegar a entender lo que éste pretendía decir a sus destinatarios, como piden la *Divino afflante Spiritu* y el documento “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”. A este sentido literal se llega mediante el análisis del texto en su contexto, atendiendo también su naturaleza religiosa, que supone un mensaje teológico. Entiendo el término “teológico” como la idea y el mensaje sobre Dios que encierra el discurso.

¿Tiene la fe algún papel en la labor exegética?

Esta última idea nos lleva a la pregunta por las condiciones necesarias para realizar la labor exegética y el lugar de la fe en ella. ¿Es necesaria la fe para realizar esta parte de la labor interpretativa? ¿Es una ventaja o, por el contrario, un presupuesto que se convierte en obstáculo e incluso en incapacidad para realizar el trabajo exegético con rigor, como reprochan algunos críticos?

Para dar respuesta es necesario aclarar los términos de los que se parte. Todo exégeta tiene presupuestos de diverso tipo y también respecto del mensaje religioso del texto que analiza: puede compartir la fe que el texto expresa, puede rechazarla o puede tener una postura indiferente. Estas posiciones ideológicas y vitales condicionan el acercamiento al texto, pero no lo imposibilitan, siempre que se pongan de manifiesto y no se permita que se superpongan al rigor metodológico.

Los presupuestos son inevitables, además de ser un hecho ambiguo, pues a la vez que limitan el acercamiento a la realidad o a un texto, en ciertos aspectos, favorecen otros. Por ejemplo, las preguntas que se le hacen al texto o las perspectivas que se eligen dependen, en muchas ocasiones, de los presupuestos que se tengan, del lugar desde el cual se pregunta y se mira¹⁹.

Dada la cualidad de texto religioso de la Biblia, la fe o dimensión creyente en el exégeta puede ofrecer una perspectiva ventajosa para captar lo específico del texto religioso, para conectar con el mensaje que pretende transmitir. Ahora bien, esta dimensión creyente puede ser entendida de forma amplia y más o

¹⁹ La hermenéutica feminista ha aplicado este conocimiento de la teoría hermenéutica a la interpretación de la Biblia y a su crítica de la interpretación tradicional.

menos específica. En sentido amplio, el exégeta, aun sin compartir la fe eclesial en sentido estricto, puede estar abierto al sentido religioso del texto y hacerlo visible en su análisis, aunque su opción personal ante la interpelación del texto queda ambigua. Es cierto que la verdad de un texto de esta naturaleza acaba transformando de alguna manera al que lo lee, si lo hace con apertura; pero esto puede realizarse desde actitudes confesionales diferentes, incluso imprecisas.

Por otra parte, la interpretación católica, a la que haré alusión más adelante siguiendo al Concilio Vaticano II, se realiza en el seno de una tradición que suministra un horizonte de interpretación en el seno de una comunidad, además de recurrir a unos principios teológicos. El exégeta creyente comparte un horizonte hermenéutico, de sentido, que le permite incorporarse con más facilidad y “empatía” (*en-pathos*) a la dinámica narrativa del texto y, en ella, a la dinámica teológica que lo atraviesa. Este hecho puede ser una ventaja en su labor exegética, que tiene como fin llegar al significado literal, siempre que guarde el rigor metodológico.

Pudiera ser que quien no comparte ese horizonte y parte de presupuestos distintos fuera sensible a otros aspectos del texto a los que la lectura creyente presta menos atención; de ahí que el teólogo creyente deba tener capacidad de escucha a una lectura secular de la Biblia.

El valor teológico del sentido literal

Hay un aspecto esencial que debe ser subrayado y que, sin embargo, olvidan los teólogos que –en el debate actual– critican la exégesis histórico-crítica del Nuevo Testamento: el sentido literal es ya un sentido teológico porque está diciendo algo sobre Dios y porque se confiesa que el libro en el que está es un texto inspirado, como afirma la DV 11: “Todo lo que afirman los hagiógrafos o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo.” Esta idea se repite de forma ligeramente diversa cuando se anima al estudio atento de lo que “los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con tales palabras” (DV 12). Tal aspecto vuelve a ser subrayado en el documento de la Pontificia Comisión Bíblica, “La Interpretación de la Biblia en la Iglesia”, cuando dice explícitamente:

El sentido literal de la Escritura es aquel que ha sido expresado por los autores humanos inspirados. Siendo fruto de la inspiración, este sentido es también querido

por Dios, autor principal. Se lo puede discernir gracias a un análisis preciso del texto situado en su contexto literario e histórico.²⁰

Es cierto –como se ha dicho– que a veces ciertos estudios llevados con estos métodos pueden ser excesivamente especializados y parciales (también esto es necesario), pero también que han dado frutos muy positivos, los cuales, sin embargo, encuentran resistencias en cierta teología dogmática y en algunas estructuras eclesiales, debido precisamente a que cuestionan doctrinas y posiciones establecidas. Ahora bien, tal es una de las tareas de la Biblia y de su exégesis: “lanzar desafíos serios a los sistemas teológicos y recordarles continuamente la existencia de aspectos importantes de la divina revelación y de la realidad humana, que a veces son olvidados o descuidados por la reflexión sistemática.”²¹

Este aspecto del sentido literal del texto bíblico está ya muy en relación con el problema de la hermenéutica que trataremos a continuación.

Podemos resumir –antes de pasar al siguiente apartado– lo visto hasta ahora diciendo que, a pesar de las dificultades y condicionamientos, es posible llegar al sentido que el texto tenía para sus destinatarios (el llamado sentido literal). El texto bíblico no es un espejo donde solo podamos ver nuestro reflejo. El texto puede entenderse más bien como agua a través de la cual podemos ver el fondo del sentido literal, aunque lo veamos en movimiento porque el sentido literal no es necesariamente unívoco.

Y ese fondo, a la vez, permite que el rostro de quien se acerca a él pueda verse reflejado en el agua que sostiene, y hacer, si quiere, esa experiencia reveladora que hicieron sus primeros destinatarios. Para ello es necesaria la segunda fase en la labor interpretativa, que posibilita que el significado liberador que tenía entonces lo siga teniendo hoy y hacer la experiencia del encuentro con Dios, la cual –mediante el texto, aunque no solo– se comunica en la historia. Esta segunda fase es la hermenéutica que trae aquel acontecimiento al presente personal y comunitario.

²⁰ Pontificia Comisión Bíblica, “La Interpretación de la Biblia en la Iglesia”, II B, 1.

²¹ *Ibid.*, III D, 4.

ACERCAR EL TEXTO AL HOY: ACTUALIZAR EL ACONTECIMIENTO REVELADOR QUE RECOGE EL TEXTO

A veinte siglos de la puesta por escrito del Nuevo Testamento y alguno más del resto de la Biblia, ¿cómo puede este libro seguir siendo Sagrada Escritura, seguir haciendo posible ese encuentro revelador que pretende posibilitar?

El paradigma en el que nos encontramos hoy es muy distinto al que conformaba el modo de acercarse a la realidad de aquel momento y de otros momentos en la historia de la Iglesia. Por eso es necesario hacer la hermenéutica del texto, releyéndolo en el hoy y para el hoy. La Biblia es un texto clásico con gran profundidad y como tal es susceptible de relecturas surgidas en contextos y situaciones nuevas que generan gran riqueza de sentido. La bíblica es un tipo especial de hermenéutica caracterizada por la introducción de unos criterios teológicos de los que hablaremos a continuación.

El contexto en el que la comunidad eclesial hace esta relectura y actualización es un contexto creyente que parte de la convicción de que Dios sigue hablando hoy por su medio, como dice la *Dei Verbum*: “En los libros sagrados, el Padre, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos...” (DV21). Se trata, por tanto, de una lectura creyente que pretende hacer actual y relevante la Palabra de Dios para el hoy personal y comunitario, en una comunidad convencida de que al proclamar la Palabra de Dios recogida en la Biblia, y al escucharla, puede hacer la experiencia del acontecimiento revelador como Buena Noticia que ella testimonia.

Para hacer esa lectura creyente, el Concilio Vaticano, en la *Dei Verbum*, después de animar a descubrir el sentido literal, establece “un principio general y tres criterios teológicos” que deben ayudar a explicitarlo y que enuncia así:

La Escritura se ha de leer e interpretar en el mismo espíritu en el que fue escrita; por tanto, para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener en cuenta la unidad de toda la Escritura; la tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. (DV12).

De la misma forma lo hace la exhortación *Verbum Domini* 34, con un pequeño matiz, un tanto controvertido, en el primer criterio.²² Los siguientes son los tres criterios teológicos que hay que tener en cuenta:

²² Se habla de exégesis canónica cuando “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” habla de acercamiento.

– *La unidad de toda la Escritura.* Desde que se conforma el Canon y un escrito está en él, se pueden establecer relaciones múltiples entre ellos. En literatura se denomina “intertextualidad”. La Biblia hace continuamente relaciones de ese tipo, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, que cita y alude al Antiguo Testamento repetidamente. La llamada interpretación canónica de la Biblia es una forma de entender este fenómeno, pero no la única.

– *La tradición viva de toda la Iglesia.* Todas las personas están situadas en un lugar desde el que interpretan el mundo y leen los textos; se suele hablar de lugar hermenéutico; un lugar que les es dado por su situación personal pero también por su ubicación en ciertos grupos humanos. La lectura católica se hace desde la tradición viva de toda la Iglesia, que es muy amplia y plural (una característica que no puede ser olvidada) y que se va enriqueciendo con el tiempo. Esta tradición está compuesta por referencias normativas, magisteriales y rituales. Es el lugar social donde se hace esa lectura de los textos sagrados, y ha dado magníficos intérpretes que hicieron lecturas penetrantes que permiten que hoy descubramos nuestro propio camino.

– *Analogía de la fe.* El texto ha de ser interpretado en el conjunto de la fe de la Iglesia. J.M. Sánchez Caro lo entiende en los siguientes términos:

...el contexto de la revelación de Dios, que es la verdad del Evangelio, es decir, el misterio revelado en Cristo, el mismo que nos transmitió la fe apostólica, el mismo que la Iglesia asimila y profundiza bajo la luz del espíritu a lo largo de la historia. Por eso, la tarea de la interpretación no se agota nunca [...] y puede descubrir cada vez aspectos nuevos del texto bíblico relacionados con ese misterio, los cuales, sin embargo, no pueden entrar en contradicción con la fe de la Iglesia.²³

Hay que tener en cuenta, además, que esos sentidos posteriores (supraliterales), la relectura y actualización del texto, han de estar siempre en coherencia con el sentido literal.

Todo lo anterior supone un concepto más dinámico de la inspiración que no solo está en quien escribió sino también en la comunidad que interpreta (el *sensus fidelium*). Y a ello parece referirse el Concilio Vaticano II cuando habla

²³ José Manuel Sánchez Caro, “Hermenéutica bíblica y metodología exegética”, en *Biblia y Palabra de Dios*, por A. Artola y J.M. Sánchez Caro (Estella: Verbo Divino, 1990), 349.

de “interpretar la Escritura en el mismo espíritu en que fue escrita”, algo que los creyentes creen posible gracias al espíritu del Resucitado presente en la comunidad reunida en su nombre.

CONCLUSIÓN

La Biblia, como Sagrada Escritura, *puede ser más que un espejo* que solo refleje nuestro rostro, nuestras posiciones o nuestra subjetividad; puede ser y debe ser agua clara que sacie nuestra sed y permita acercarnos al fondo del manantial donde descubrir todo un universo de vida y experiencia de la que aprender, más allá del mero subjetivismo.

No debe ser piedra donde están grabadas las recetas, las soluciones, las formas y las normas a seguir, de una vez para siempre, sino pan tierno que alimente nuestras búsquedas y afanes comunitarios por hacer siempre actual y eficaz la experiencia de revelación que recoge y que ha sido plasmada en términos siempre provisionales, necesitados de una traducción al hoy de las comunidades y las personas, al hoy histórico que pide nuevas soluciones porque plantea nuevas preguntas.

De esta lectura hermenéutica, actualizadora, saben mucho tantas comunidades pobres que leen la Biblia con gran penetración a partir de su vida. Esta es una lectura y una búsqueda que exégetas y teólogos debemos acompañar.

Al hablar sobre el papel de los diferentes miembros de la Iglesia en la interpretación de la Escritura, el documento “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, de la Pontificia Comisión Bíblica dice:

Aquellos que en su desamparo y privación de recursos humanos, son llevados a poner su única esperanza en Dios y su justicia, tienen una capacidad de escuchar y de interpretar la Palabra de Dios, que debe ser tomada en cuenta por el conjunto de la Iglesia y exige también una respuesta social.²⁴

Y un poco más adelante, al decir que la ayuda de los exégetas es útil para evitar actualizaciones mal fundadas, el mismo documento insiste:

...hay que alegrarse de ver que gente humilde y pobre, toma la Biblia en sus manos y puede aportar a su interpretación y actualización una luz más penetrante

²⁴ Pontificia Comisión Bíblica, “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, II.B.3.

desde el punto de vista espiritual y existencial que la que viene de una ciencia segura de sí misma (cfr. Mt 11,25).²⁵

La Biblia como Sagrada Escritura, por tanto, no debe ser piedra ni espejo, sino pan y agua que alimenten, sacien, refresquen y posibiliten la experiencia reveladora de la vida que intentaron transmitir, en palabras siempre balbuceantes, siempre provisionales, siempre necesitadas de traducción, quienes fueron testigos privilegiados.

²⁵ Ibid., IV C,4.